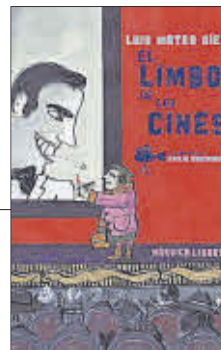


El castillo de arena
Seicho MatsumotoTraducción de
Marina Bomas
Libros del Asteroide
416 páginas. 21,95 euros**El limbo de los cines**
Luis Mateo DíezNórdica
Editorial
128 páginas. 21,95 euros

El incansable inspector Imanishi

‘El castillo de arena’ es una de las obras claves de Seicho Matsumoto, considerado el maestro de la novela negra japonesa

En *El expreso de Tokio*, novela recuperada por Libros del Asteroide en 2014, ya podíamos vislumbrar algunas de las obsesiones de Seicho Matsumoto (Fukuoka, 1909-Tokio, 1992): su amor los trenes, por los horarios y la importancia de la exactitud de los acontecimientos, por exponer paso por paso cada uno de los aspectos que son relevantes en una investigación policial. Aunque tan solo tres años separan la publicación original de aquella y *El castillo de arena*, se puede apreciar una evolución, una madurez a la hora de desarrollar algunos temas.

El libro arranca con un planteamiento que atrapa desde las primeras páginas gracias a un recurso de anticipación. Dos hombres entran una noche en un bar y se nos deja claro que algo va a suceder. No tardamos en descubrir que uno de los dos acaba asesinado en las vías del tren y que su rostro ha sido desfigurado hasta el punto de hacer casi imposible su identificación. Al interrogar a quienes estuvieron en el mismo local aquella noche, todos recuerdan que la víctima hablaba con el dialecto de Tohoku. El acento era muy marcado, y los que se dieron cuenta de ello coinciden en su declaración. También, que escucharon comentar algo sobre un tal Kameda, un nombre que sin ser común tampoco es raro. Con tan pocas pistas, el inspector Imanishi va a tenerlo muy difícil para poder resolver este caso.

Si hay un aspecto que caracteriza las novelas de Matsumoto es su falta de prisa, un elemento propio también de la literatura japonesa en general. A lo largo de sus más de 400 páginas está pasando algo de manera constante, aunque no debemos esperar grandes giros ni sorpresas. Sin embargo, no hay apenas pausas en la trama: todo está al servicio de la historia que nos quiere contar. Desde los acontecimientos más insignificantes hasta los hilos argumentales que nos guían a través de sus capítulos. Pero Imanishi no es infalible. Transita caminos que no parecen llevarle a ninguna parte, pero que resulta imprescindible recorrer para descartar posibles vías de investigación. Algo que se parece más al desarrollo de un caso real que lo que podemos leer en otro tipo de obras.

La forma en que la trama está planteada resulta hipnotizante y logra que no te despegues de las páginas del libro hasta la última línea. Matsumoto era un genio manteniendo el interés con detalles minúsculos de lo más atractivos. Pero si hay un elemento que siempre consigue enamorar a sus lectores son sus personajes. El binomio Imanishi-Yoshimura es fascinante. Es una lástima que Yoshimura aparezca tan poco, porque la complicidad que construye entre los dos protagonistas, la sensibilidad y el respeto que muestran abiertamente, son de una belleza que atrapa.

Como broche a todo esto, el retrato urbanístico del Japón de los años 60 resulta extraordinario. Imanishi no duda en disponer de su tiempo (y de su dinero) para resolver este misterio, y para ello recorre diferentes puntos de la geografía nipona. Kameda, Enzan, Katsunuma, Ise, Ishikawa. Granjas viejas y mugrientas, casas con secaderos de fideos secos, zonas urbanas con bloques de pisos. Una novela de personajes en la que el paisaje va mucho más allá de un mero telón de fondo.

**Seicho Matsumoto**

Salas de ensueño

Los 12 relatos de ‘El limbo de los cines’ son tanto un tributo al séptimo arte como un viaje personal de Luis Mateo Díez

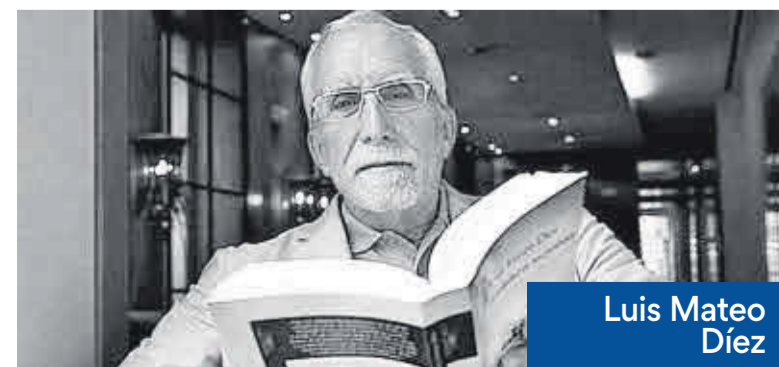
Poetas, novelistas, dramaturgos, filósofos y escritores de todo tipo y condición han rendido homenajes variopintos al mundo del séptimo arte. Desde Guillermo Cabrera Infante en sus inolvidables *Un oficio del siglo XX* (1963) y *Cine o sardina* (1997) hasta Gilles Deleuze en sus míticos ensayos *La imagen-movimiento* (1983) y *La imagen-tiempo* (19859), pasando por autores de la talla de William Faulkner, John Steinbeck, Raymond Chandler y Francis Scott Fitzgerald, Paul Auster, Adolfo Bioy Casares, Manuel Puig, Ray Loriga, David Trueba y tantos otros.

En octubre de 2018, el académico y flamante premio Cervantes 2023, Luis Mateo Díez (Villablino, León, 1942), confesaba en una entrevista en *Cuadernos hispanoamericanos* que es «un cinéfilo empedernido». «Hasta el punto –añadía– de que una cinefilia desaforada me ha llevado a tener en la casa más películas que libros y casi a hacerme adicto al cine malo, lo que ya es el colmo de la miseria. Hubo un tiempo que me gustaban más los cines que el cine y, cuando me preguntan qué es lo que más me gusta de la televisión, siempre digo que el televisor. Obviamente, me gustan los grandes, no estoy entontecido: Ford, Renoir y Bergman siempre me sugieren, Buñuel, por supuesto. Los cines son espacios simbólicos muy reincidentes en mi obra, lugares casi sagrados, espacios de la imaginación y la extrañeza, también las salas de baile, y casi siempre espacios derruidos donde pasan cosas misteriosas».

Pues esa confesión toma cuerpo ahora en *El limbo de los cines*, singular libro que contiene 12 relatos con ilustraciones estupendas de Emilio Urberuaga y que es tanto un homenaje a los cines como viaje personal de un autor imbuido por el mundo del cine, situando este universo mítico en un terreno de nada y de nadie: el limbo, lugar intermedio entre el cielo y el infierno.

Los relatos se atienen a una poética genial –por cervantina– en la que la ficción invade la realidad si admitimos que la realidad está hondamente pertrechada por la potencia de la ficción, en este caso imaginariamente cinéfila. Porque los personajes cuyas historias aquí se relatan asisten a momentos asombrosos en los que lo imaginario invade esa realidad que el lector está leyendo: es así en el extraordinario *Cosmo* donde los personajes son abducidos por el «aterizaje de los marcianos» en ese cine. O en *Bahía*, cine en el que Tita y el narrador tienen sucesivos hijos mientras visionan *El hijo de nadie*, *El hijo de todos* y *El hijo de cualquiera*. O en *Claridades* en el que a Calvero lo «mataron bien muerto» sin que los que visionaban la película ese día se percataran de nada porque «en un cine se muere como en un ultramarinos, a veces sin siquiera cerrar los ojos, sin enterarte de lo que va la película o mientras en la tienda están pasándote las legumbres».

Todo cabe en las Ciudades de Sombra, en la ficción y en los cines de Mateo Díez: hazañas bélicas, de aventuras, «hawaianas o de natación y modistillas», «de villanos», «de sabuesos», «de salvajes», *thriller*, policiacas, románticas, de ciencia ficción, «de amor y lujo», melodramáticas. Con un sutilísimo toque de humor que no deja de estar presente en todos y cada uno de estos relatos, el creador de Celama ha escrito, a su vez, un libro de tintes melancólicos, de recuerdos de películas en salas de ensueño que eran la vida.

**Luis Mateo Díez**